



El pequeño reino

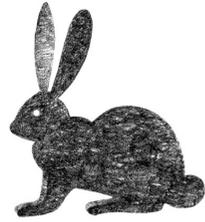
Wu Ming 4

Ilustraciones
Alefs Silva

 **Norma**

www.normainfantilyjuvenil.com/mx/

Contenido



Premisa para la gente alta	13
----------------------------------	----

PRIMERA PARTE

Límites & habitantes	17
1. El Viejo Molino	19
2. El Reino	25
3. Los soberanos	29
4. La servidumbre	33
5. Nosotros	37
6. Fauna	41
7. Ned	49
8. Los Kirk	57
9. Los Williamson	63
10. Así era	67

SEGUNDA PARTE

Superficie & subsuelo	69
1. La tumba	71
2. Contratiempos	77
3. El tesoro	85
4. Celeste	97

5. En el bosque	105
6. Billy.	117
7. Reclusiones	125
8. Tío Albie	133
9. El invernadero	139
10. El espectro.	145

TERCERA PARTE

Conspiraciones & secretos	149
1. Piratas	151
2. La segunda vez.	159
3. La misión	165
4. El amuleto	171
5. Los peligros del río.	179
6. El gran miedo.	185
7. Ariadne	191
8. La tercera vez	197
9. La rendición de cuentas.	207
10. La última vez	213
Epílogo	223
Agradecimientos	229

*A Fabrizio Casadio (1973-1992) por ese último verano.
A Sir Jonah y a Sir Ishmael por enfrentar a los fantasmas.*

*...todas esas cosas desaparecieron
y la vieja finca hoy es de otros dueños;
presenta un aspecto distinto,
cobija a unos desconocidos.
Arrastra aún, de molino en molino,
el jardín de nuestra infancia el río;
ipero los niños, ay, ya nunca
lo veremos desde la esclusa!
Más desde el tejo —aún está allí—
nuestras voces suelen salir
como si estuviéramos jugando
y aún las escucho preguntando:
“¿Está muy lejos Babilonia?”*

*R. L. Stevenson, A Minnie
-traducción de Gustavo Falaquera-*

*... ¿No está dentro la muerte a la espera
de estas aguas secretas, entonces?
¿Qué más que aferrarse a los inocentes
hijos e hijas de la tierra él quisiera?
E. Blunden, Los patinadores de la media noche*



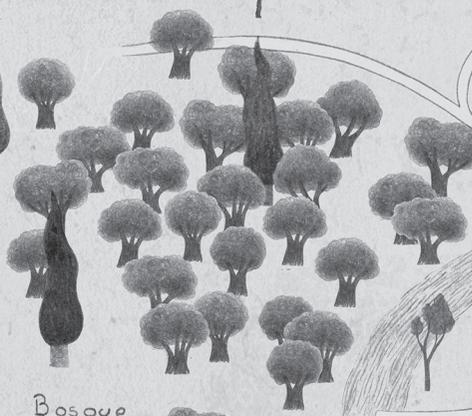
montículos



Casa Kirk



Casa



Bosque

Puente







Premisa para la gente alta

La fotografía ha sobrevivido durante todos estos años. De color sepia, teñida de amarillo en los bordes. Ha durado un siglo. El hombre, la mujer y el niño miran por la ventana del tiempo transcurrido, y yo estoy aún ahí, junto a mi padre y mi madre, que coinciden a la perfección con mis recuerdos. Sin embargo, ese no soy yo, sino más bien, otro yo –que ha perdurado latente en el destino, más no en las circunstancias históricas– que me mira como si quisiera preguntarme en qué me convertí al ocupar su lugar.

Entonces, pienso que si no hubiese sido por el descubrimiento de la tumba, si me hubiese encontrado en otro lugar en aquel momento, mi salida del Pequeño Reino habría sido diferente. Quizás no tan compleja, pero por supuesto más parecida a la de muchos otros. Se hubiese arruinado con un éxodo, durante un día al final del verano, pendiente del

impacto de lo que sucedía en ese momento afuera del reino.

Mi primo Julius fue el primero en dejar el Reino de esta manera. Cuando descubrió que debía agachar la cabeza para entrar en nuestra casita del árbol fue como si hubiese iniciado la cuenta regresiva. Desde entonces, cada vez que entrábamos a nuestro refugio, medíamos cuántos centímetros nos faltaban para rozar el dintel, para saber cuánto tiempo nos quedaba.

Años después, cuando regresé de visita a lo que quedaba del Reino, la casa en el árbol seguía en pie, cubierta por las enredaderas, debajo del viejo olmo. Ni siquiera intenté agacharme para entrar, además porque me habría ensuciado los pantalones. De niño no me hubiese importado. Hasta este punto una buena educación puede arruinarte.

Un poco más allá, cerca del jardín de rosas, quedaba el lugar exacto en el cual años antes había hecho mi descubrimiento. En realidad no habían pasado tantos años, pero parecía un siglo, antes del primer beso y el primer cigarrillo. Antes de la guerra. Porque siempre hay una guerra que nos bautiza con fuego. Ya había sido así para nuestros padres y para nuestros abuelos.

Con todo, algo había anticipado mi ingreso en los conflictos de la vida y de la historia. El Pequeño Reino había sido minado desde el interior, se había disgregado bajo los golpes de un conjuro del silencio. Por eso no le di la menor importancia cuando

lo abandoné, además en algún remoto lugar de mi mente sabía bien que de todas formas me habría arrepentido de aquellos días de mi infancia. Quizás no inmediatamente o quizás ni siquiera después de mucho tiempo, pero tarde o temprano. Habría sido la señal de que algo más que la edad adulta se asomaba en mi vida, junto a las primeras canas.

Hoy, que todo mi pelo es blanco y mucho más escaso, la presbicia de la memoria selecciona con mayor nitidez el pasado lejano y no el inmediato. El siglo pasado por encima del que acaba de empezar. Uno termina entonces recordando mejor los eventos de la propia infancia que los de la vida adulta. Regresamos al origen antes de convertirnos en los recuerdos de alguien, una fotografía en el álbum de la familia. El presentimiento es que para elaborar el último duelo, el nuestro, tenemos que ser capaces de hacer las paces con los niños que dejamos en el jardín de la infancia sin mirar atrás.

Esto explica por qué he decidido hasta ahora contar los hechos de aquel verano. De cómo logré encontrar la entrada que me condujo al corazón de un secreto. Y también los hechos más oscuros e inquietantes, que jamás he compartido con otros, aparte de mis primos. Porque, así me crean o no, algunas cosas inexplicables ocurrieron de verdad durante aquel verano; y poco importa que después haya llegado la edad adulta a ponerlo todo en orden, a cubrir cada ingreso a las madrigueras y a romper el espejo. Poco importa que el espectro de

la muerte nos haya acariciado mucho más de cerca en los años siguientes, sobre los campos de batalla, bajo los bombardeos, o aún más tarde, frente a una cama de hospital. Cuando pienso de nuevo en los acontecimientos de entonces, todavía se me hiela la sangre y los viejos escalofríos vuelven a florecer.

Aquello que nos asusta de niños, nos asusta para siempre.